

EDITORIAL

AHINCADA con firmeza sobre su historia, España afirma otra vez su poderío como potencia espiritual en el mundo del pensamiento. El 18 de Julio de 1936 representó no sólo un acto de heroica ruptura con un pasado hueco, corrompido de fórmulas y mitos, sino la afirmación de un nuevo estilo de pensar y una forma inédita de valorar el mundo. La revolución nacional española inicia desde aquel momento su glorioso proceso de sacrificio. Porque urgía dar forma viva al sentido latente de revisión conceptual y dogmática que vibraba en el espíritu de la juventud como una consigna de su esfuerzo. Y, como en todo trance de creación, España revivía, en el alumbramiento de un orden nuevo, el augusto dolor de su gloriosa y mística maternidad.

El destino imperial de un pueblo significa siempre el esfuerzo doloroso de su expansión. Hay en todo momento un insoslayable factor vital que actúa como fuerza motriz en esta proyección ecuménica de cada pueblo. Y es precisamente, este elemento humano, el que garantiza en último término la rectitud de la empresa y la limpieza de una conducta que no deberá jamás divorciarse de sus propios fines. Porque la juventud española concebía una España mejor que la que recibió de las generaciones an-

teriores, nuestro Movimiento Nacional tiene ya las dimensiones que le da la grandeza histórica de una obra revolucionaria camino de su plenitud.

Pero este espíritu de transformación total de conceptos y de valores debía dejarse sentir también en el ámbito de la cultura. He aquí la razón que estimula las directrices transformadoras de nuestro pensamiento docente, científico y literario.

Tenía antes la educación un sentido extranjerista, neutro y despañolizante. Con anterioridad al 18 de Julio el espectáculo de la enseñanza en España ofrecía yermas perspectivas de desolación. La democracia y el liberalismo no supieron dar un sentido nacional a nuestra política docente. Podría decirse que nuestra dolencia de entonces era la misma que la de finales del Siglo XIX, registrada doloridamente por Menéndez Pelayo. "La enseñanza en España —decía D. Marcelino en "La ciencia española", contemplando el panorama que ofrecía a su vista en aquellos momentos nuestro dramático problema educativo— apenas tiene de española más que el nombre; está casi del todo desligada de nuestra tradición científica y los esfuerzos de muchos sabios profesores no bastan para infundirle el carácter nacional de que mucho ha la despojaron las torpezas oficiales. Las obras de texto que corren en buena parte en nuestras aulas, son extranjeras, extranjeros los autores que en ellas se citan, extranjeras las doctrinas en ellas enseñadas".

Tal era la perspectiva del horizonte docente en nues-

tra Patria. Por eso la Revolución Nacional, que inició su albor con el estío del año 1936, vino a cambiar de raíz este sistema de enseñanza caduco y cobarde, que parecía avergonzarse de la inagotable y fecunda tradición española.

En el terreno de lo científico adoleciase de idénticos males. En todos los sectores del pensamiento la España del Siglo XIX parecía renegar de su propia gloria, como si tuviese por consigna única la de su abdicación en la miseria. Contra aquella ruína profetizó también la voz enardecida de D. Marcelino Menéndez Pelayo. "Afligen y contristan el ánimo —decía— la ignorancia y el olvido en que España se halla respecto de su pasado intelectual, las insensatas declaraciones que se enderezan a apartarla de su estudio como de cosa baladí y de poco momento, y el desacordado empeño de algunos en romper con toda tradición científica, persuadidos de que sólo en su secta y escuela se hallaba la verdad completa".

Si en lo docente y en lo científico el derrumbamiento espiritual llegó a límites insospechados, éste alcanzó proporciones de mayor descenso en el campo de lo literario. Las formas decadentes de una literatura pura —consecuencia del principio de la consagración al arte por el arte—, trajeron la vacuidad inexpresiva de unas páginas que son modelos de penumbra en nuestra historia literaria.

Contra todo esto, alzó su espada de gloria el Caudillo providencial que hoy rige los destinos de España. La

Falange, encuadró en haces de apretado heroísmo a la juventud española, y el Ejército, reverdeció a través de las tierras de España los laureles de su inmarcesible gloria militar. En la reconstrucción de España una ancha perspectiva se abre en los dominios de la cultura. Franco lo ha proclamado así, y exponente supremo de este designio irrenunciable es el espléndido florecimiento de la proocupación científica española, traducida en el desarrollo de la investigación.

En el plazo de un año han aparecido —como signos actuales de aquella realidad—, las más diversas publicaciones científicas, al amparo y bajo la protección del Consejo Superior de Investigaciones. Revistas de filología española, de estudios griegos y latinos, de estudios árabes, de historia, de arte, de arqueología, de física y química, de estudios hispano-americanos, de bibliografía, de entomología, de matemáticas, de investigaciones biológicas, de etnología, de geografía y de química aplicada, dicen en favor de este ascenso cenital de la investigación más que todas las posibles estadísticas.

Un criterio profundamente nacional preside esta clase de publicaciones. Limpia de extranjerismos, España vuelve a recorrer los derroteros de su tradición científica, en un afán, no sólo de reencuentro con su pasado, sino de superación histórica, por virtud milagrosa de su renovado brío juvenil. La cultura vuelve otra vez así a ser nervio y factor de una imperecedera política imperial.